

anda por el Toledo de Pérez Galdós con la misma vida y fuerza de realidad que los curas y canónigos de Balzac andan por Tours, y los de Zola por Plassans. Fernando Fabre en Francia y Eça de Queirós en Portugal nos han ofrecido abundante, pintoresca y muy bien estudiada colección de tipos clericales; pero cabe decir que Galdós en *Ángel Guerra* los iguala en mucho y tal vez los aventaja en *verdad*, imparcialidad y en los *matices* del bien y el mal que se puede ver en la *clase*.

De otros géneros de excelencias que abundan en la novela, ya no es tiempo de hablar después de haber escrito tanto. Pero concluyo, aunque sea un *ritornello*, diciendo que con valer muchísimo *Ángel Guerra*, creo que no será de las obras de Galdós que más enamoren al público *grande*, y esto por culpas que pudieran llamarse accidentales; las más, en rigor, *cuantitativas*.

TRISTANA

Tristana no ha obtenido la atención que merece por parte de la crítica.

El público sí: ha comprado este libro con el mismo afán con que se apresura á adquirir todos los de nuestro primer novelista.

En España los lectores que *leen* y no critican han progresado mucho más que los críticos que critican... y no leen. De las últimas novelas de Pereda, por ejemplo, la crítica corriente habló poco y mal, y el público las copió á gusto del autor, es decir, compró muchos ejemplares.

Tristana tuvo la desgracia de publicarse cuando con motivo del drama *Realidad* se hablaba muchísimo en todas partes de Galdós; los críticos creyeron que era *ser pesados* hablar al mismo tiempo de Galdós novelista... y nadie ó casi nadie dijo nada.

El mismo autor mira con cierto desdén esta obra suya que, sin embargo, no desmerece en lo esencial de las otras. No creo yo, como la señora Parado Bazán, que el autor abandonó el asunto principal por andar de prisa, que buscó el final á *la diable* y como quiera.

El final, el cómo *acaba todo aquello*, me parece á mí lo mejor del libro; lo más natural *de veras*, lo que más se parece á la tristeza real de la vida, que cuando se abarca en muchos años de cualquier existencia humana, ofrece siempre el aspecto melancólico de las aventuras abortadas de la pobre coja, que ideó Galdós, tal vez algo distraído pero con el instinto artístico de siempre.

La señora Pardo Bazón ve no sé qué esbozos de *gran novela*, que no llega á escribirse, y cuyo asunto sería la esclavitud moral de la mujer. No creo que *Tristana* represente tal cosa.

Yo veo allí puramente la representación bella de un *destino gris* atormentando un alma noble, bella, pero débil, de verdadera fuerza sólo para imaginar, para soñar, de muchas actitudes embrionarias, un alma como hay muchas en nuestro tiempo de *medianías* llenas de ideal y sin energía ni vocación seria, constante, definida.

¿Para qué hace falta que haga más que eso en una novela?

Atengámonos á lo que nos dice Renán en su último libro: «Contemplar la realidad nada más que por contemplar, es un asunto tan serio y digno del hombre culto como el más serio y más digno.»

TORQUEMADA EN LA CRUZ

Tal vez algún lector de los que ya conozcan esta novela de Pérez Galdós opine que no ha llegado la ocasión de juzgar en público esta obra, porque, á pesar de las apariencias, viene á ser nada más la primera parte de una composición literaria á la que todavía le falta lo de más sustancia. Cierto es que *Torquemada en la cruz* es, más que otra cosa, una especie de introducción á una novela, introducción con su título particular que, á mi ver, no es muy adecuado; pues *Torquemada*, más que en la cruz (Cruz, la que va á ser su cuñada), está por ahora camino del Calvario; y sólo en la última página del libro, al casarse con Fidela, empiezan las condiciones legales que hacen posible el martirio: no éste todavía. Sea como quiera, si me apresuro á hablar de este libro es porque el autor lo da como obra completa, sin perjuicio de la relación que tenga con otra ú otras (según mis noticias) posteriores; como también tiene relación con trabajos ya publicados, á saber: *Fortunata y Jacinta*, novela en cuatro tomos, y *Torquemada en la hoguera*, precioso cuento en que al avaro Torquemada se le muere su hijo Valentín, su ídolo. Pues Galdós da á luz su libro aho-

ra, solo, con su título, es porque quiere que el público y la crítica fijen en él la atención sin esperar á más; y en esta *hipoteca*, como diría Torquemada, creo deber mío conceder á esta novela el lugar que en estas revistas le corresponde por los méritos indiscutibles de su autor.

Esto es, además, acto de justicia distributiva; porque hemos llegado á tal punto, que para ocupar la atención de la prensa se va necesitando hacer una *que sea sonada*, como la del *Machichaco* ó las bombas anarquistas, ó por lo menos darse en espectáculo propiamente tal; es decir, que, en efecto, entre por los ojos del cuerpo. Se habla en los periódicos de lo que se ve, de lo que anda por la calle ó de lo que se exhibe plásticamente; en fin, de lo que no exige por parte del periodista, aunque sea literario, reflexión, estudio, tiempo empleado en la soledad del gabinete del hombre trabajador que alimenta el espíritu leyendo y pensado. En otros países no sucede esto: público y prensa leen más, y la actualidad interesante no consiste sólo en espectáculos públicos, sino también en libros, folletos, etc.

Dentro de pocos días se estrenará una comedia de Pérez Galdós, y ya se verá que, para bien ó para mal, la prensa dedica columnas y columnas á reseñar el argumento, describir los incidentes de la primera representación, juzgar la comedia, etcétera, etc. Todo esto no por ser de Galdós, sino por ser cosa de teatro, de espectáculo.

Y, sin embargo, no cabe duda que, aun dando á la dramaturgia de Galdós toda la importancia que

yo la doy, como he demostrado, al fin este escritor es, ante todo, *foncièrement*, como dicen los franceses, novelista, y por mucho que importe una comedia suya, tanto ó más importa una novela.

Pero tiene tal atractivo ese elemento sensible, mejor se diría acaso sensual, del espectáculo, que hasta el mismo autor se le pega el vicio de público y prensa; y desde que escribe, ó por lo menos desde que hace representar dramas, publica menos novelas, y por varias señales se ve que le preocupa este género menos que antes.

Desde el estreno de *Realidad* acá, sólo nos ha dado Galdós, en novela, *Tristana* y *Torquemada en la cruz*, dos tomos pequeños. *Tristana*, con asunto hermoso, digno de ser tratado en grande (en grande no quiere decir *en largo*, en tres ó cuatro tomos), fué compuesta así como al descuido; y las bellezas que tiene no se deben ciertamente al esmero, al prolijo cuidado en la composición... A *Torquemada en la cruz*, le pasa algo por el estilo; tiene un carácter fragmentario, cierta falta de intensidad y complicada urdimbre de observación social y psicológica (elementos constantes en las novelas *realistas* de Galdós), que no señalo como hechos, pero sí como pruebas de que, por ahora, y sin perjuicio, la novela ha pasado á ser para nuestro autor lo secundario; es decir, en su intención, en el propósito de su actividad.

Torquemada en la cruz, aparte cierta prolijidad inútil en algunos diálogos, empieza perfectamente, con mucho vigor, novedad y frescura, con elegancia en el decir; se ve que el autor toma con gusto

el asunto; el buen humor con que trabaja se nota en un signo que es casi infalible, en el resultado feliz de los efectos cómicos; en el *primer tercio* del libro todo es consistente, *orgánico*, por decirlo así, firme y gracioso. Aquí, en este novelista, pensaba yo, no hay cansancio, ese cansancio que no es decadencia, pero sí relativa frialdad y desilusión, y que se nota en el mismo Zola en su *Doctor Pascal*, por ejemplo; aquí no hay ese hábil manejo, ya casi mecánico tan sólo, de resortes de la maestría que funcionan por hábito; hay espontaneidad, novedad, segunda juventud pudiera decirse... Pero después, como si al novelista le hubiesen llamado para los ensayos de su comedia, ó si no, como si él por su cuenta se hubiera puesto á trabajar en cosa extraña á *Torquemada*, el interés decae, vienen las tautologías en forma de recurso realista; falta la debida economía en el empleo de lo cómico; hay escenas del todo inútiles, como el primer paseo á Cuatro Caminos de Cruz y Rafael; se arrastra la acción con el diálogo y la negligente narración... y en fin, se pierde la esperanza de que este volumen de pocas páginas sea una obra maestra más entre las varias que Galdós nos ha dado en libros no muy grandes, como *Doña Perfecta*, *Miau*, *El amigo Manso*, *Marianela*, etc.

Mirada la novela como un todo (no el *Gran Todo* graciosísimo de *Torquemada*) hay esto. Los que quieran juzgarla así, sin pararse á pensar lo que puede venir detrás, en *Torquemada en el Purgatorio*, pueden quejarse de que el libro que ya tenemos sabe á poco, cumple menos que pro-

mete, no tiene verdadera unidad artística, y acaba como quiera, ó mejor cuando quiere, pues el hecho de *historia externa* del matrimonio de Fidela y don Francisco, no es un verdadero final, tal como nos lo dan, sino un pretexto; como el cerrar unas Cortes, por ejemplo, no es resolver una cuestión legal y política muchas veces.

Mas, como se ve, todos estos *peros* son formales, y se desvanecerán para el que en su día lea toda la historia de *Torquemada*, siguiéndole al purgatorio en que ahora se mete. Con todo, el descuido, la falta de *gana* y de intención intensa, con que está escrita alguna parte del tomo que examino, seguirán notándose siempre.

Todo lo anterior va dicho, *al auto*, como hablaría un aldeano de nuestro queridísimo Pereda, de demostrar (tal vez con exceso de argumentos) que es tal la fascinación que los espectáculos públicos ejercen aun sobre los hombres más *espirituales*, que Galdós deja sus novelas en relativo desamparo desde que anda entre bastidores.

*
**

Es natural en los ingenios poderosos y reflexivos, que estudian la realidad exterior y la propia realidad interna (malamente llamada por muchos subjetiva) el ejercitar las propias fuerzas en la variación, en el movimiento que busca novedades.

Sea lo que quiera de la evolución (en cierto sentido innegable), la vida es cambio, lo cual no significa contradicción. Creer que la energía del carácter consiste en ser siempre el mismo, en el sentido de no ser influido por el medio ambiente, es confundir la quietud del cadáver con la espontaneidad de los actos; como dice bien un ilustre filósofo juriconsulto, Jhering, el cadáver es quien no recibe la influencia de lo exterior, sino que da al ambiente su substancia al descomponerse.

Digo ahora esto; porque hay artistas, los más literatos, especie de *doceañistas* de la estética, que ponen artificiosamente todos sus conatos en ser siempre de la misma manera, para demostrar profundidad de convicciones, fuerza de carácter; y hay críticos que no ven caracteres reales, en los creados por la fantasía, si la firmeza de esos caracteres no consiste en no variar, en no dejarse *hacer otros* por la influencia del mundo. Semejante quietismo es contrario á la naturaleza, en un universo en que cambia hasta el color de las estrellas.

Quisiera yo preguntar al ilustre *Fulanex* (no quiero citar nombres) que no escribe hace siglos, por temor de no ser el mismo que hace treinta años ó al que, siéndolo, el público le desdeña, si se tiene él por más hombre, por carácter más fuerte y entero que Goethe, por ejemplo. Pues Goethe, el romántico por excelencia, el autor del *Werter* y de *Goetz de Berlichingen*, acabó por ser el *gran pagano*, esto es, el clásico por excelencia también. Pérez Galdós—por volver pronto á mi

asunto—se deja llevar por la vida, comprendiendo que el escritor verdadero, no contrabecho, no es el que obedece á la fuerza, á una fórmula perentoriamente impuesta, cuando falta la experiencia abstracta, sino el que puede llamarse *resultante* del choque de nuestras naturales cualidades con las cosas que nos rodean. Si el agua en vasos de diferentes colores toma diferentes colores, no es sólo por la naturaleza del vidrio de este ó el otro color, sino por la naturaleza del agua también. Oñ hay un modo abstracto de ser del carácter, fuera del tiempo ó en un tiempo ideal; el carácter se va modificando, necesariamente, según las influencias que recibe. Esto es necesario tenerlo en cuenta para si mismo y para los personajes que se crean. Galdós, que ha experimentado, sin perder la unidad de su carácter de artista, variaciones en su carrera de escritor, y ha sido realista de cierto modo en *Los Episodios*, é idealista á su manera en *Gloria*, *Marianela*, *León Roch*, etc., etc., y alog naturalista desde *La Desheredada* en adelante, llega en estos últimos años á un nuevo modo de idealidad combinada con su peculiar realismo, y va dejando la pintura puramente artística, *imparcial*, de la vida ordinaria, para preferir lo excepcional, significativo y preocuparse con los grandes asuntos del misterio transcendental, de su aspecto religioso, y con el también capital problema sociológico de las relaciones éticas, jurídicas y económicas de las clases diferentes. Tal vez notando en sí estas variaciones, estos cambios (hasta en la forma, por su tendencia á escribir obras teatrales) y

notándolos en la vida exterior, insiste en retratar estos fenómenos del pudor en sus nuevas creaciones. Prefiere, hace tiempo, estudiar los caracteres, no en el momento estético, por decirlo así, sino en los vicios que experimentan por la influencia de *medios* nuevos, y en las variaciones que como *resultantes* siguen á esos vicios. Ejemplo: en *Angel Guerra*, un librepensador, revolucionario, hombre que se arroja tras el impulso de sus pasiones, se convierte en hombre de fe, soñador, humilde ante el misticismo de una débil hembra religiosa, y si conserva su tendencia á lo práctico, á la actividad exterior, es empleándola en nuevos fines. Lo mismo sucede en la comedia *La loca de la casa*. Pepet, el hombre del negocio brutal, de la lucha ruda por la existencia, se amansa, se corta las uñas de león por influjo de *otra* niña religiosa, pura, mística. *Torquemada en la cruz* es otro ejemplo análogo; el usurero zafio, cruel, vulgar, grosero, que aspira á cambiar, á entrar en el mundo de lo fino, elegante y noble, influido principalmente por mujeres, por Cruz y su hermana.

Enhorabuena; aunque sea de desear que en adelante los casos de *evolución* ó como quiera llamarse, los busque Galdós en formas menos parecidas unas á otras, es más de alabar que el arte de este gran novelista siga ahora senda tan oportuna, tan fecunda en enseñanzas y que están siguiendo hoy, á su modo, las ciencias psicológicas, las fisiológicas, las sociales, etc., etc. Por cierto que no dan ejemplo semejante otros ilustres artistas, aun entre

los de fuera, y el empeño difícil de Galdós merece elogios por su dificultad, que es mayor todavía en el teatro.

*
**

Aunque no entre en el plan de este artículo llegar á los pormenores, indicaré que hay en *Torquemada en la cruz* episodios de mucha belleza y figuras trazadas con gran maestría. La primera vez que vemos al tosco don Francisco celebrando aquella especie de *misa* en el culto de su adoración al hijo muerto, la impresión de ternura que sentimos es honda, fuerte, purísima, debida al *gran arte*. También impresiona la descripción del misero Rafael, ciego y pobre, después de haber gozado de las grandezas del mundo. Es otro aristócrata caído como aquel tan bien pintado en *Realidad* (novela); pero si, como aquél, intransigente en materia de orgullo de raza, no pervertido ni degradado, sino puro, ungido por la desgracia y la miseria. La escena en que el ciego fugitivo duerme al sereno delante del que fué su palacio de la Castellana, el encuentro del ciego y del cojo, son cosas dignas del gran soñador de tristezas sombrías que ideó al Rey Lear abandonado de sus hijas, sin luz, sin lecho, como Job, desamparado de todo consuelo.

La morosa descripción y narración minuciosa de la pobreza vergonzante de los Aguila, recuerdan

análogos procedimientos del gran Balzac, de quienes hoy hablan demasiado poco los que pretenden guiar el gusto literario.

Torquemada y don José Donoso pueden figurar dignamente al lado de tantos correctos dibujos de carácter como nos ha regalado Galdós en su *minod novelesco*, que ya es legión hace tiempo. Si aquí los jóvenes fueran, como en otras partes, más aficionados á las letras, no faltaría un entusiasta que emprendiera, respecto de las obras de Galdós, trabajo semejante al de aquellos franceses que publicaron una especie de *diccionario biográfico* de las novelas, cuentos y comedias de Balzac. Con los personajes que Galdós ha creado se podía poblar á Madrid. Tiene este autor una especie de imperio ideal sobre la corte y villa que no pueden disputarle ni el Gobierno ni el Municipio.

Un juicio definitivo, *cerrado*, de *Torquemada en la cruz*, no cabe mientras no conozcamos las peripecias de su vida en el Purgatorio.

TORQUEMADA

EN EL PURGATORIO

No están los tiempos, en nuestro país, para contar con la atención intensa y constante del público, sobre todo del que vive en los centros de gran actividad material, descosida y de poca substancia. Series de novelas en que se va siguiendo á un personaje á través de tomos y más tomos, puede ser manjar intelectual para sesudos y calmosos ingleses; pero no son muchos los españoles capaces de perseverar en esta clase de lecturas; los más porque no leen mucho de nada, y algunos porque creen que el esfuerzo necesario para consagrar tanto tiempo y atención á una obra literaria, puede merecerlo una que sea científica, pero no la que *no pase* de novela.

Galdós, que comprende todo esto, no por ello se arredra ni desmaya; y así como antes nos dió *Fortunatas y Jacintas* y *Angeles Guerra* de cuatro tomos, ahora, tranquilo, seguro de que no trabaja en vano, va narrando, un volumen tras otro, la que pudiéramos llamar *Historia natural y social de un avaro plebeyo, bajo la restauración alfonsina*.

Primero apareció *Torquemada en la hoguera*,

novela corta, en que el miserable prestamista de basurero se quedaba sin el poquísimo corazón que tenía, pues se lo quemaba la fiebre que mataba á su hijo; después vimos á Torquemada cambiando de medio social, dejándose cortar las uñas de la bestia, no las del avaro, y sometiendo el hocico de oso al bozal que le ponía una dama aristocrática, imperiosa, de talento y pobre. Era esto en el tomo titulado *Torquemada en la cruz*. De ambas obras he escrito yo hace tiempo mi opinión imparcial. No así, todavía, de las dos que vienen después: *Torquemada en el Purgatorio*, publicada en el verano pasado, y *Torquemada y San Pedro*, que estos días ha salido á luz.

Para poder llegar á lo que pienso de este último volumen, necesito escribir algo antes, aunque sea en resumen, del *tipo* de Torquemada en general y en particular del tomo titulado *Torquemada en el Purgatorio*.

*
**

Oh, *procul, procul, estote profani*, se puede decir á los que siempre tienen tanta prisa cuando se trata de obras de arte.

Las novelas cortas y el teatro pueden satisfacer el gusto de los que no quieren dedicar mucho tiempo á las invenciones poéticas; pero hay cierto modo de poesía analítica, exacta y profunda que no es posible en estas grandes anatomías que sólo

conoce la literatura del siglo XIX; que estuvieron *de moda* muchos años; que no lo están ahora, pero que siempre serán bien venidas cuando nos las presenten maestros como un Balzac, un Zola, un Tolstoi, un Galdós.

El realismo, el naturalismo, sus teorías, sus procedimientos, sus productos..., todo esto se da por muerto, por olvidado. Olvidado está lo que tuvieron estas tendencias de exclusivo; pero no lo puede estar lo que trajeron de oportuno, nuevo y necesario, que fué lo que yo siempre defendí y sigo defendiendo. Así como, para ciertos estudios, el microscopio y los instrumentos de precisión no son asunto de moda, sino necesarios, así para ciertos propósitos estéticos son indispensables procedimientos de la *novela grande* (que solía ser la *gran novela*), hoy ya clásica.

En buen hora se lance el más furioso anatema contra imitadores prolijos y huecos; pero el novelista que quiera imitar la realidad, no por pueril satisfacción, sino para sacarle el *jugo* estético y la *experiencia* particular que, á manera de *especie expresa*, sólo por medio del *reflejo* artístico se logra, no tendrá otro camino que el análisis profundo, exacto, sabio, *significativo*; y no hay que darle vueltas: todas las novelas que tan grave fin se propongan, tendrán que ser siempre más ó menos *naturalistas*. Los asuntos son los que pueden variar según la moda; pero también vuelven los desechados por cansancio, por evitar la monotonía. ¿Quién duda que, pasado algún tiempo, volverá el gusto popular á encontrar interés y atractivo en la

pintura viva, *impersonal*, exacta, de las teorías humanas, del *dato*, sin comentario espiritual, del fenómeno natural y social ordinario, aislado, desligado de toda sistematización ideal, moral ó poética ó científica? Dentro de veinte años los mismos escritos y procedimientos de Balzac ofrecerán más *novedad* é interés que las mil retorcidas y alambicadas esencias depuradas que hoy embelesan á muchos.

Galdós, que en el teatro y aun en algunas novelas, por lo que respecta á la idea extra-artística, llega al idealismo refinado, y hasta le ha debido, como en *Los condenados*, la frialdad de un público que no se entera, en el procedimiento técnico de sus grandes trabajos de análisis sociológico-estético no vacila ni cambia: sigue siendo el mismo que siempre fué desde *La desheredada* en adelante.

Zola ha perdido algo, en ciertos respectos, en sus últimas novelas, por empeñarse en tomar por unidad del estudio literario una entidad social ó una abstracción de un orden de actividad (ejemplos: *Lourdes*, *Roma* ahora, el *Dinero*, la *Guerre*, etc.). Por lo mismo que la ventaja que lleva el arte naturalista á la ciencia, en el propósito en que se acercan, es el disecar en vivo, el reflejar, no aspectos de la cosa, sino la cosa como existe, siempre es mejor tomar por asunto una *fábula humana*, un conjunto orgánico, un pedazo de vida, que una abstracción sociológica; y en caso de fijarse en un *aspecto*, considerarlo en una encarnación, en un carácter. Galdós en esto ha solidido tener mejor instinto; ve mejor la ventaja de

lo complejo orgánico y vivo, que si se califica y clasifica peor, y parece al vulgo de menos *transcendencia* es *más arte* y acaba por tener más eficacia, aun para los fines educativos y de propaganda de ideas.

Torquemada no es, á lo largo de sus varios tomos, toda una fábula humana, complicada y viva; pero es un carácter fuerte, real, estudiado en sus variaciones, roces y movimientos en todas las esferas de una actividad social bien completa y concreta. Pasma observar la multitud de relaciones en que Galdós ha ido colocando á su gran tacaño; y así como se ha dicho que la paciencia es característica del genio, se puede notar el sello del genio también en este trabajo de pormenor variadísimo, pintoresco, minucioso, exacto, que sólo veo en tres grandes novelistas épicos: Balzac, Zola, Galdós. El más elocuente ejemplo de esto, por lo que toca al escritor español, lo tenemos en el inmenso trabajo de observación *filológica*, por decirlo así, que supone el estudio de las transformaciones del lenguaje y el estilo en el insigne prestamista. También se puede notar algo semejante en los pormenores relativos á las industrias ruines á que puede recurrir la codicia para sacar ganancia del polvo, de la podredumbre. Hay una especie de humorismo á lo Richter en las extravagancias de la avaricia que, como doncella opilada, se alimenta de barro, de inmundicias.

Tal como en la grandiosa *Biblia* darwiniana (de recóndita *piEDAD* á mi ver) asombra, tanto como la idea capital sistemática, la poética, prolija, sa-

bia *erudición de los archivos naturales* que allí se ostenta, y á través de la cual se ve la realidad esforzándose por ser más y mejor cada día en los dilatadísimos de la historia telúrica, vemos en poemas novelescos del alcance de este de Torquemada las transformaciones ontogénicas, que diría Haeckel, necesitar para asimilación y adaptación y diferenciaciones mundos y mundos de medios, de elementos formales que sólo pueden caber, tratándose de obras imaginarias, en la fantasía y el talento observador de uno de estos gigantes de la novela realista contemporánea.

Sí, esto asombra; y así se explica que en esa Francia que tantas novedades hermosas y *sugestivas* produce, al aparecer uno de los libros *anticuados* de Zola, todo enmudezca, y pese á una crítica enemiga, cien mil ejemplares se vendan en pocos meses, y desde el Papa al último obrero todos sepan que *Lourdes*, verbigracia, se ha publicado.

Para el que desde este punto de vista lea y estudie el *Torquemada* de Galdós, no aparecerá jamás *pesada* la más larga novela, á pesar de la monotonía formal del asunto. No es de tanta variedad en los episodios *Torquemada en el Purgatorio* como el tomo que le precede, pero es más importante y de más difícil desempeño por llegar á los momentos más críticos de la transformación. Por lo cual, para el que atienda, con alguna facultad reflexiva, es en rigor este volumen más interesante que el otro.

Y para cualquier lector hay en él una parte, la última, que por la fuerza cómica, pocas veces

igualada en los libros contemporáneos, es de grandísima belleza. Me refiero al banquete ofrecido al *marqués de San Eloy*, el *prócer* grotesco, y el discurso que don Francisco Torquemada pronuncia; oración que en la historia de la *oratoria novelesca* sólo cede el paso al discurso de las *armas y las letras*.

TORQUEMADA Y SAN PEDRO

El último tomo de la vida de Torquemada, que lleva por título particular *Torquemada y San Pedro*, es acaso el más interesante de todos, el mejor compuesto sin duda, el que estudia al protagonista en la relación más importante y que más de relieve había de poner la fuerza del carácter. Es digno de Shakespeare (además de ser digno de Cervantes), porque lo trágico y lo cómico, no en artificiosa mezcla, amanerada, sino como se ofrecen en la naturaleza y en el poeta inglés, que tanto se parecen, también se presentan aquí alternando, siempre con el mérito supremo de la realidad estética observada y reflejada por el gran arte. Hay en este libro mucha religión y mucha fisiología; se pinta la muerte una y otra vez como lo que es, en lo que tiene de real; como un momento de la vida, el de la misteriosa *fractura*, en que de un lado, el de la naturaleza, todo es bien claro, conocido y positivo, y tanto nos habla de materia, de entrañas, de la lúgubre química, de la descomposición necesaria; y en que, del otro lado, el de *ultratumba*, todo es misterio, anhelo, terror, esperanza, intuiciones vagas. *Cómo se muere el egoísmo*; he aquí el asunto de la última obra de

Galdós. Si es sublime don Quijote viviendo loco y muriendo cuerdo, despertando á la realidad cuando va á despedirse de ella, también es de gran belleza este cuadro psicológico que Galdós nos ofrece en Torquemada viviendo y muriendo avaro, egoísta, pegado á la lepra de la ganancia por la ganancia.

Sublimidad hay, por cierto lado cómica, en el contraste de la pureza espiritual que Gamborena, el misionero, presenta al avaro como camino de salvación, y el contrato *bilateral* que el infeliz egoísta quiere *llevar á cabo* con el *Ser Supremo*. Pero tal vez puede verse más honda sugestión filosófica en estos tratos que la avaricia quiere entablar con el cielo. Ciertamente lo que pide el santo apóstol (pintado de mano maestra) no es en el fondo más que amor; pero ciertas apariencias de que la conversión solicitada ha de ir acompañada, explican que el egoísta avaro tome á mala parte las condiciones de la *transacción*, y crea arreglar sus cuentas relativas al *derecho penal* religioso (por desgracia, suprema forma, para los más, de la vida espiritual piadosa) por una especie de composición ó de *Vergelt* en que se paga en *especie* lo que se debe en rectitud de intenciones.—Con gran perspicacia, ó con gran instinto, Galdós, hablando tanto del otro mundo, de Dios, de la suerte futura, en este libro, está lejos de la poesía religiosa, de esa gran *voluptuosidad mística* de que *Coline*, el crítico algo apóstata que tantas austeridades *protestantes* nos predica, condena como la más vituperable superchería; porque no admite que el

deber religioso pueda justamente acompañarse de esa complacencia sensual que otros estimamos legítima. Galdós aquí habla, en efecto, de la religión como de un *gran negocio*, muy serio, pero también muy positivo, muy *contraído*, como diría Torquemada, á la *cuestión concreta* de la salvación del alma. Nada de vaga poesía mística, de ensueños como aquellos de Penaguilas ó los de Luis Gonzaga en *León Roch*. Y se explica esto, porque se trata de un *medio* social, de una clase de personas para las cuales la religión no puede ser cosa más alta y desinteresada. Ni Torquemada, ni Fidela, su mujer, ni Cruz, la *cuñada-consorte*, ni el mismo apóstol Gamborena, cuando más idealizan su noción y sentimiento de la vida, pueden salir de estos límites en que Galdós, con gran acierto y verdad, ha encerrado la acción religiosa en su libro.

No; no es extraño que el *negociante* Torquemada al fin de su vida, al emprender el último *negocio*, materialice demasiado lo que otros no espiritualizan bastante. Si Torquemada se acuerda del cielo al fin de su vida solo, y nada más porque le *interesa* salvarse, en rigor algo parecido hace Fidela, su mujer, que se vuelve *hacia la pared* para *dormirse*, tomando, no la vida, sino la muerte, por sueño; y Cruz recurre al clérigo santo y al misticismo *en pasta* (estilo Torquemada) cuando llega la edad de la desilusión, cuando ya ha cumplido con sus ambiciones y venganzas mundanas; y, por último, el mismo *San Pedro*, apóstol *realista*, obra maestra de observación, tipo acabado

del *positivismo creyente*, que es la fórmula religiosa más alta á que ha llegado todavía la piedad en el *término medio social* de nuestra civilización, Gamborena, con toda su grandeza, tiene al fin todo el aspecto de un *corredor de número* de los transcendentales negocios ultratelúricos, como los llamaría Zárate, el lector de revistas.

No me cansaría de alabar la gran maestría, el *ojo médico...* de artista del *natural* que Galdós muestra, reduciendo á este punto de vista la vida religiosa, *por tratar con quien trata*.

De acuerdo con esta tendencia sabia y profunda y que se presta á mucha reflexión, está la recóndita y prudentísima ironía *relativa* que se puede vislumbrar en los aparentes fervores religiosos de don Francisco, en el que la piedad de última hora sube y baja como la calentura y por causas de orden análogo.

Algún espíritu perspicaz de la congregación de Gamborena, por ejemplo, podría querer sospechar que, á pesar del *tecnicismo* religioso conforme á la más corriente forma dogmática, Galdós en esta novela guarda, como autor, una fría neutralidad respecto al gran debate entre lo *fisiológico* y lo místico, que es lo que *latet* en la fábula. Pero yo creo que si bien Galdós, legítimamente, en cuanto novelista, presenta sin pasión, imparcialmente, el *fenómeno religioso* (estilo Donoso) según es en el *medio social* y moral que pinta, sin darle más ni menos valor ideal del que tiene, en el fondo nada dice, ni deja adivinar, que pueda ser contrario al progreso de la idealidad piadosa, de que

estamos tan necesitados en nuestra civilización contemporánea, á pesar de los grandes triunfos *exteriores* y formales logrados por ciertas instituciones históricas entre pueblos salvajes y entre pueblos cultos que, en lo moral, tienden también al *salto atrás* á poco que se descuide la educación del alma.

No es un libro antirreligioso *Torquemada y San Pedro*, ni aun de la manera más disimulada y prudente; es tal vez algo de sátira recóndita contra determinados estancamientos de la *religión social*; y es muy probablemente la imparcial manifestación de un espíritu serio, *positivo en lo ideal*, que, lo que es por su cuenta, no quiere hacerse ilusiones en el supremo asunto de la gran *ilusión* de la vida, acaso *realidad* absoluta de mañana; de un espíritu que reconoce las grandezas morales de ciertas formas históricas religiosas, pero no las sigue incondicionalmente, y que, á su modo *reza, vacilando*; como aquel filósofo de Víctor Hugo, que tiende la mano en la obscuridad para palpar el misterio y «Sent dans la nuit sa main par des langues lechées».

Y bajando de estas alturas, diré, para concluir, que está *Torquemada y San Pedro* escrito con tal arte, que á pesar de la falta de variedad en el asunto, ni la monotonía ni el consiguiente cansancio molestan al lector; porque la unidad del asunto tiene tal riqueza de contenido y con tal primor de distribuciones está dividido en sus tres partes, que se llega al final insensiblemente, en continuo encanto. En este punto pocas veces Pérez Galdós

ha escrito con tal acierto. En la parte primera la muerte de Fidela es lo culminante, y su amor al hijo idiota entenece, y más todavía la instintiva piedad filial del pobre infante que rinde su fiereza de bruto á los pies de la madre moribunda, amando á su modo, no por lo que tiene de hombre, sino por lo que tiene de hijo, aunque sea bestia. Novedad, sentimiento profundo hay en todo esto.

Después, aparte de la riqueza de color y perfección de dibujo que hay en la figura de Gamboarena, de gran piedad más activa que especulativa, hasta por motivos de *raza*, lo que llama la atención y la cautiva es la gran *salida* de este Sanchito, sin Quijote, en busca del aire libre y de los guisotes de bodegón á cuya *nostalgia* debe el cólico que le pone á las puertas de la muerte. La vuelta de Torquemada á los barrios bajos, su comida en el figón de Vallejo es de un realismo castizo digno de nuestros grandes clásicos en el género. Y por último, es sublime en lo cómico y en lo patético la muerte del avaro con las alternativas de su problemática *conversión*, que no se sabe si es del alma... ó de la deuda.

Torquemada y San Pedro demuestra que Galdós, aunque ha escrito tanto como un Balzac ó poco menos, todavía está en el apogeo de su fuerza creadora; nada de agotamiento, ni de cansancio, ni de manera, ni de repetición. Todo vigoroso, todo nuevo, todo fresco, todo *imprevisto*, y cada vez más sabiduría en la composición, más fondo en las intenciones, más ciencia del mundo y de su reflejo el arte realista.

NAZARÍN

Muchas veces se ha notado en el espíritu inglés la aparente oposición entre sus tendencias positivas, utilitarias, y su gran preocupación religiosa. No hay pueblo en que se fabrique más productos industriales ni más teología. Pero hay que ver cómo preocupa la religión á los ingleses; no es por su aspecto especulativo y poetico, no es por la desinteresada relación estética y dialéctica del misterio y la conciencia, es porque desde el punto de vista de la vida individual en la religión se ve el negocio de los negocios, el de la salvación.

El mayor idealista inglés, el gran Carlyle, de quien no ha mucho decía el ilustre Grant-Allen que había echado á perder á toda una generación con sus doctrinas místicas, no es en el fondo más que un puritano filósofo y poeta atento muy seriamente á salvase, es decir, á guiar la conducta y la creencia de modo que el alma, contenta de sí misma, pueda mirar sin temor cara á cara el misterioso poder divino, realidad suprema. Si algo limita los horizontes de sublime soñador de los héroes, es este espíritu puritano, de preocupación personal é interesada en los religiosos.

Cuando se ve la religiosidad en ese aspecto to-